

Lo posmoderno en “El Ojo”

de Liliana Colanzi

Ana Paola Castañón Marroquín

Lingüística y literatura hispánica

ana.castanonm@alumno.buap.mx

En la narrativa latinoamericana del siglo XX, se evidencia un claro interés por explorar temas sociales y nacionales. Por otro lado, en la narrativa contemporánea se aprecia una tendencia a alejarse de lo colectivo para enfocarse en la experiencia individual de un mundo globalizado, en constante cambio, confuso y caótico. Destaca en este contexto el libro *Nuestro Mundo Muerto* de la escritora boliviana Liliana Colanzi, reciente ganadora del prestigioso premio Rivera del Duero 2022. Esta obra se compone de una serie de ocho cuentos que entrelazan elementos de terror, fantasía y ciencia ficción, con historias que reflejan el choque entre el modo de vida tradicional y lo posmoderno, urbano y futurista, tal como sucede en el primer cuento del libro titulado “El Ojo”.

En primer lugar, al examinar la forma en que se vinculan los elementos esenciales del relato, se hace evidente desde los primeros párrafos la relación problemática entre la protagonista y su madre, quien se muestra extremadamente intrusiva e hipervigilante ante las acciones de su hija. Las creencias que le infunda son tan graves, que la protagonista comienza a perder la razón y a alucinar un ojo que la persigue todo el tiempo. Con la aparición de este ente sobrenatural en el inodoro de su universidad, la trama da un giro y todo se vuelve cada vez más inquietante; por lo tanto, el conflicto es producto de la relación afectiva anómala entre los personajes principales, y esto puede observarse en la escena ya referida:

Desde el inodoro, emergiendo en medio de una burbuja de vómito, vio aparecer al Ojo. Carecía de párpado; sin embargo, la chica reconoció en el iris azul oscuro la mirada –¿burlona? ¿amenazante? – de su madre. El Ojo –¿era posible? – sonreía. Largó la cadena. Un chorro de agua se llevó al Ojo y a los restos de la masa amarillenta. Antes de salir del baño, la chica miró varias veces por encima del hombro para cerciorarse de que el Ojo no volviera a aparecer flotando desde las cañerías (Colanzi, 3-4).

En cuanto al ambiente, la tensión se mantiene hasta el final de la narración y es el sostén de todo el escrito. La vigilancia de la madre, el estado mental de la protagonista, los hechos bizarros, las acciones inesperadas y el conflicto, contribuyen a crear un clima especialmente absorbente. Más tarde, la tensión se disuelve al llegar al desenlace, en donde la protagonista se enfrenta al conservadurismo de su madre (encarnado en “El Ojo”), teniendo su primera

experiencia sexual.

Por otro lado, el cuento aborda una temática recurrente en la literatura: la influencia de las creencias y conductas familiares en nuestra percepción del mundo, pero a pesar de ser un tema convencional, la forma en la que se desarrolla en este relato es novedosa y atrevida. A través de la historia de una adolescente ordinaria en la Bolivia contemporánea, Colanzi invita a los lectores a cuestionar los límites de la cordura, la realidad objetiva y, sobre todo, la opresión y la violencia presentes en el entorno familiar. En este caso, los personajes y el conflicto que generan sirven como vehículo principal para transmitir el mensaje de la obra.

Con lo ya expuesto, afirmo que el retrato de una relación familiar disfuncional en “El Ojo” permite la vinculación de todos los elementos del cuento. De tal forma que el conflicto es producto de la turbulenta relación entre los personajes principales, en donde la aparición y asecho del ojo, resultan la consecuencia máxima de las conductas de la progenitora; además, son estas conductas las que generan un ambiente tenso en la narración y, siendo el tema tratado un fenómeno común dentro de las relaciones humanas, la exploración de la dinámica entre madre e hija es un proceso necesario para comunicarlo.

Ahora bien, el retrato logrado se utiliza con un propósito específico. Este escrito plantea que es un medio para representar la vida y experiencia posmodernas, y que esta representación también se consigue, de forma paralela, gracias al uso de un símbolo reputado: el ojo.

Para entender lo planteado, primero es necesario definir dos conceptos que en apariencia parecen bastante complejos: la posmodernidad y el símbolo. En el artículo “Desplazamientos conceptuales en la literatura boliviana actual”, de Pablo Virguetti, se hace una breve caracterización del primer término siguiendo a Terry Eagleton, quien plantea que en la posmodernidad se “ve el mundo como contingente, sin anclajes, diverso, inestable, indeterminado, un conjunto de culturas o interpretaciones desunidas que generan cierto grado de escepticismo sobre la objetividad de la verdad, la historia y las normas, la concesión de la naturaleza y la coherencia de las identidades” (Virguetti, 4). Por lo que se refiere al símbolo, en su *Diccionario de los Símbolos*, Jean Chevalier y Alain Gheerbrant lo definen como un “término aparentemente asible cuya inasibilidad es el otro término” (23). De forma más sencilla, el símbolo posee

un carácter dual: por un lado, es asible en el contenido manifiesto de todo objeto natural o abstracto al que tenemos acceso; y, por otro lado, es inasible en su sentido latente, el cual expresa y esconde a la vez (Chevalier y Gheerbrant, 24).

Los símbolos, siguiendo a Chevalier y Gheerbrant, trascienden el entendimiento intelectual y estético, pero aun así es posible distinguirlos como “lo que se presiente, pero aún no se reconoce”, aquello que “hace vibrar en cada uno la cuerda común” (24). Es así como el lector atento puede reconocer que hay un sentido latente digno de analizar en el ojo que persigue a la joven protagonista.

Retomando la cuestión de lo posmoderno, la transición a esta era se sintetiza en una de las frases iniciales del relato, cuando la protagonista advierte que “El mundo, de pronto, era un lugar hostil” (Colanzi, 2). Pero no solo se hace referencia al paso a este nuevo momento histórico, también los elementos narrativos del cuento fueron creados a partir de sus características; así, la protagonista del relato es una adolescente con problemas sexuales que sueña con salir de su país, enamorada de un joven rockero, rodeada de pantallas y chicas góticas, una amante de películas gore con problemas de salud mental, consumidora ejemplar de productos culturales extranjeros y partícipe de una dinámica familiar “rota” por la presión de su madre. Elementos que reflejan la falta de anclajes en la posmodernidad, donde las normas tradicionales y las estructuras familiares se desdibujan, dejándonos frágiles, desorientados y alienados de nuestra propia realidad e identidad.

No obstante, los elementos primarios del cuento como protagonista, ambiente, conflicto, tema y lo que ya he señalado como su vínculo (la dinámica disfuncional entre madre e hija), no son los únicos en recibir la influencia y funcionar como reflejo del concepto de posmodernidad; la dimensión simbólica, que muchos teóricos consideran la base de las manifestaciones artísticas, se encuentra en la misma posición.

En el artículo de Virguetti, también se afirma que el “ojo se revela como una imagen en la que el individuo colapsa bajo la presión de la sociedad posmoderna” (76). El ojo ha sido, según Chevalier y Gheerbrant, “casi universalmente símbolo de la percepción intelectual” (1187), ver es comprender (Cirlot, 339), y la imagen de este ojo único, sin párpados, alude a una presencia sobrenatural (Chevalier y Gheerbrant, 1189). Pero hasta aquí

no es claro el simbolismo de lo posmoderno en el ojo, por ello es importante considerar otro factor, el de su apertura (simultánea a su aparición), la cual simboliza “un rito de iniciación” (Chevalier y Gheerbrant, 1189). Lo anterior sugiere que la escena en la que se introduce al ojo representa el inicio del colapso que Virguetti postula en su análisis. Pero ¿en dónde está ese peligro y presión en el contenido simbólico del ojo?

Para explicar esto, en algún punto del apartado correspondiente a este símbolo en el *Diccionario de los símbolos*, los autores retoman un mito que puede iluminar la cuestión: el mito griego de Argos, un gigante de cien ojos que era el guardián y vigilante de los dioses por antonomasia. Los diccionarios de símbolos nos dicen que estos ojos son la “absorción del ser por el mundo exterior y una vigilancia que sólo está vuelta hacia el exterior” (Chevalier y Gheerbrant, 1189), y que su presencia “alude a la descomposición, a la disolución psíquica” (Cirlot, 340), descripciones que coinciden completamente con la experiencia de la posmodernidad.

CONCLUSIÓN

La superación de la modernidad como proceso histórico implica la fluidez y la falta de estabilidad en nuestros valores e identidades. Con la desintegración de las estructuras familiares tradicionales, el quiebre de las normas sociales y los roles establecidos, y la sensación de ser vigilados constantemente, tanto por las instituciones como por las personas; la dinámica familiar disfuncional retratada en el relato y el símbolo del ojo, plasman las particularidades cruciales de la experiencia posmoderna. En conclusión, la posmodernidad o “modernidad en crisis” tiene una influencia y representación literaria visibles en el cuento “El Ojo” de Liliana Colanzi.

REFERENCIAS

- * Cirlot, Juan. *Diccionario de símbolos*. Editorial Labor, 1992.
- * Chevalier, Jean y Alain Gheerbrant. *Diccionario de los símbolos*. Trad. Manuel Silvar y Arturo Rodríguez. Titivillus, 1969.
- * Colanzi, Liliana. *Nuestro mundo muerto*. Eterna Cadencia Editora, 2017.
- * Virguetti, Pablo. “Desplazamientos conceptuales de la literatura boliviana actual”. *América sin Nombre*. no. 24, 2019, pp. 73-81. <https://doi.org/10.14198/AMESN.2019.24-1.06>